

Pe

Pedro Carbonell

Castillero

Pe

© 2012 y 2017, Pedro Carbonell Castellero

ANVERSO

... que cuento y que me cuenta: imperfecta en su desarrollo, brutal en su intensidad, y siempre, siempre desgarradora y bella en su crudeza, como la vida misma.

En principio consistía en crear una ficción en la que se reflexionaba sobre lo escrito tiempo antes. Era yo un anciano ya. (Hay una rectificación, pues consideré que tal hombre se manifestaría en su preciso momento.) Ahora, para ajustarme a los convencionalismos, dejaré de enviar días hacia otros días y expondré los pareceres cotidianos según fluyan realmente.

Mucho tiempo llevo pensando en cómo dar forma a un tipo de narración que exceda lo previsible, y lógicos son los tropiezos, pues la vanidad mastica su propia vanidad.

He tardado demasiado en darme cuenta de que no se puede escribir algo con un mínimo de dignidad literaria si carece de estructura con la cual el posible lector pueda desenvolverse y articular una génesis mental, y propia, en la que sus procesos internos vayan plasmando lo que se expone en el texto.

El marchamo o señal más evidente de que en verdad no puedo expresar lo que pretendo decir, o lo que siento que debo decir, se demuestra en la congestión de mi pensamiento cuando se prepara para efectuar trazos cognitivos. El propósito de relatar se trunca justo antes de efectuar el acto que debiera conducir los nexos causales, y éstos no brotan hacia la plasmación a priori pretendida; por lo tanto se debe hablar de lenguaje deficiente.

Abruma el pensar en que para describir tan sólo una vida, tendrían que necesitarse otras infinitas vidas para llevarlo a cabo. Y aun ese infinito no bastaría, pues las palabras corren y con toda facilidad pueden alimentarse de sí mismas, en libre asociación.

A pesar de todo, el enorme peso de mi impotencia inicial se desplaza hacia la liviandad, a la ausencia de responsabilidad. Poco necesito de este mundo.

Bien es cierto que tampoco este mundo necesita demasiado de mí
[...]

Es mentira [...]. Algo constipado y en cama. Pesa la edad [...]

Ha pasado mucho tiempo desde aquel día de laurel, pero lo retengo en la memoria con una claridad inusitada. Ramas suspendidas en el segmento átono de fluctuaciones cognoscitivas redundantes y serviles por la cualidad intrínseca que procede de troncos oblicuos que encajan con un bosque arrasado. O no.

Vivo ahora tal circunstancia como recuerdo que supura: era un día en que yo aún vivía en [...], y allí concebí una idea lamentable: deseaba escribir algo, había decidido, pero no concretaba yo el qué. Estaba leyendo por entonces *El cuaderno gris* de Josep Pla y pensé en si imitar a tal autor y redactar un dietario. ¿Podía ir generando una obra lírica con pinceladas íntimas? El qué escribir en concreto es siempre una duda recurrente en mí (esto puede observarse claramente en lo que precede a este momento del texto). Mi persona se sostenía con frágiles pilares, los cuales se doblaban por una enorme indecisión, casi biológica, gástrica.

Analicé en profundidad a Pla, a Kafka y a un espectro que me visita con cierta frecuencia.

El muy idiota no se da cuenta de que es él mismo quien se aparece desde el más allá (buen lugar éste, aunque aburrido: como está situado fuera del tiempo y bascula hacia donde uno quiere, las ansias de conocer –lo único posible de realizar aquí, pues se carece de cuerpo- se sacian al instante debido a que la respuesta acude casi antes –¿o es antes?- de formular la pregunta. En fin, toda una historia, eterna historia que todos llegan a conocer), que no soy yo (él) una figuración suya (mía).

No comprendo el párrafo de arriba.

Hace poco, he creído divisar una sombra con el rabillo del ojo. Sin identificarla, la he determinado como la entidad espectral que me visita.

Estoy leyendo a Pla, como dije antes. Me parece un gran escritor, de fino humor y prosa desgarrada, precisa, milimétrica. Dicho esto, diré que me parece hallar en él un defecto, y es que sus disipaciones –su modo de distraerse- en las tabernas son enormemente civilizadas, con conversaciones de alto nivel, trascendentes, apacibles y elegantes, entre gente culta y respetable, de clase alta... Bien; Pla sabía mucho de enología y de manjares pero poco sobre las tascas del pueblo llano, de tugurios y del séptico grumo humano que por ese tipo de lugares transita; o mejor dicho, esa gente de figón con efluvios de destilado barato queda ahí, sin moverse, sedente, casi dormida o jaleando al ruido, en una suerte de brumosa residencia alternativa y vitalicia.

Tal disensión o reparo respecto a Pla se debe a lo que puedo contar por propia experiencia. En los sitios que yo frecuentaba no había boticarios ni médicos, o, dicho de modo extensivo, no se encontraba gente cualificada, con estudios. En aquellos lugares nos reuníamos obreros. Incluso se podía encontrar gente marginal, o casi. Pasábamos horas y horas y días y días bebiendo, fumando y jugándonos las perras a las cartas. Nuestras conversaciones no iban más allá de las típicas “alucinaciones” que tienen los pobres cuando hablan de dinero. Lo único tangible y real en nuestra guardería de juventud eran las tetas de la Lola.

Aun así, aunque Pla describe un mundo de café no vivido por mí, considero que sus experiencias son tan válidas como otras cualesquiera; tan sólo se trata de un estilo de vida distinto, y su consecuente modo de percibir y de pensar el mundo.

Si alguien leyera lo que precede inmediatamente a esto, podría preguntarse: “¿Qué tiene que ver la narrativa con los estratos sociales de procedencia? ¿Qué tipo de opinión es ésta, en la que se le pone reparos a un autor por el hecho de haber tenido una vida más o menos cómoda?”. En efecto, todo eso debería sobrar, si se quiere ser imparcial a la hora de hablar sobre un escritor y su obra: reconozco que mis comentarios son motivados por un asqueroso prurito de envidia. A mi favor diré que no es un ataque a tal autor, sino un pequeño análisis. Sólo expongo hechos que vitalmente resultan antitéticos. Se observan ciertos vestigios rastreros, sí, pero en fin, sólo es una opinión más.

Esta mañana he visitado a la asistente social y al encargado para los planes de empleo del Ayuntamiento. Mi situación económica es angustiosa. Trato de volver a mi piso, pero los inquilinos, que no me pagan, se las buscan todas para no marcharse. Pese a todo, ahora, por fin, parece que de verdad se van, por lo que yo saldré de una puta vez de este repugnante cuchitril donde estoy metido. Volveré a mi hogar con lo puesto. Necesito con urgencia un trabajo o una ayuda de esas que concede el Gobierno cuando se está en las últimas.

Conversé con el espectro. Resulta esto algo en verdad desconcertante, pues digo yo: si su cuerpo es etéreo e intangible, es decir, que se trata de un ente resultante de lo inmaterial..., ¿cómo cojones puede hablar? Carece de cuerdas vocales, de garganta, no respira, etcétera. Vaya, que es eso sin duda toda una incógnita sin resolver.

Bueno, al grano. Es real, como espectro, quiero decir, y soy yo mismo, ya difunto (parece ser que lo de la otra vida es cierto, aunque con reservas, según le he podido entender). Me explicó que el asunto este, el de escribir un libro, es un proyecto suyo, no mío. Insistió en que no piense demasiado en lo que expongo en el texto. Comentó que éste ha de ser algo parecido a un vómito de palabras, sin importar que me contradiga en algunos aspectos. Vamos: que no corrija. Dijo que él me ayuda: se funde con mis impresiones, mis recuerdos, mis pensamientos..., y de este modo se destila gota a gota lo de verdad importante. (Me abstuve de preguntarle qué consideraba él como importante; tampoco quise discutir respecto a su supuesta contribución en el libro. Supongo que en el fondo son pamplinas de difuntos: se aburren y dan por el culo. No saben lo que es vivir.)

Hermoso hongo.

No entiende, porque no los ha tenido enfrente suyo, lo que es el sentir que se te ríen en la cara por tus aspiraciones literarias genios, que no dejan de ser gentuza, como Proust, Goethe, Cervantes, etcétera. Es que los cabrones se lo tienen creído, y han formado un círculo (que han bautizado como Limbo) en el que no dejan entrar a quienes juzgan como mediocridades.

Estoy harto de preguntar por mis padres y mis conocidos en vida; son las únicas respuestas que se me niegan y no sé por qué. Pero no pienso ceder en mi empeño por encontrarlos.

[...]

Discutí con el fantasma de Cervantes. Resulta que yo, sin dejarme ver, atizaba collejas en la nuca y en las orejas de soplillo del Cervantes vivo, sólo por el placer de molestarlo y desconcentrarlo mientras redactaba las últimas páginas de *El Quijote*. Sin duda estaba consiguiendo mi propósito porque el tío miraba a su alrededor con cara de desconcierto, y bastante mosca ya. En medio del desbarajuste que le estaba liando, derramó el tintero y manchó de tinta la mesa y varios papeles. El incidente se debió a los bruscos giros que realizaba con su cuerpo hacia uno y otro lado, en su intento por localizar al agente de su incordio.

Y estando así, eso que llega el engreído de su yo muerto, bastante más irritado incluso que el otro, el vivo.

-¿Qué pretendéis vos; cambiar la Historia? –me increpó.

-Era una broma, hombre.

-¡Marchad de aquí si no queréis quedar atravesado por mi acero!

-Bueno, bueno, ya me voy. –Dejando de lado su evidente estupidez, pues a ver cómo coño me va a atravesar si no tengo cuerpo, debo reconocer que el tío tiene autoridad. Es posible que la causa de su gran autoestima estribe en su larga experiencia de difunto y en las compañías

que frecuenta en el club Limbo. Todo ello sin que deba minimizarse la celebridad que ha alcanzado entre los vivos.

¡Madre de Dios, qué follón! ¿Qué es esto? ¿Qué ocurre? Parece un cajón de sastre. ¿Tendré que creer que el espectro existe de verdad y no estoy loco, como ya tenía yo asumido? Entonces..., ¿hablé ayer con él?

¿Qué sucede? ¿Por qué se va de mi mano el bolígrafo?

Después de desplazarse, levítico, por todo el comedor, el bolígrafo ha regresado a su lugar anterior, mi mano. Resulta sobrecogedor el efecto que ha producido en mí semejante fenómeno [...]

Esta mañana me he levantado temprano y he ido a un bar a tomarme un café con leche. Los clientes del lugar, una mujer y varios hombres –ocupaban casi toda la barra-, tenían como tema de charla la religión: algo poco habitual en semejantes lugares.

-Cada cual que crea en lo que quiera –decía la mujer-. Yo, personalmente, sólo creo en nuestro señor Jesucristo; pero en el Papa no... ¡Por qué no vende El Vaticano para darle el dinero a los pobres! ¿Y por qué va con escolta? A ver...

-Porque teme que lo maten –respondió alguien.

Resultaba evidente que no aportaban nada nuevo al asunto, así que opté por no seguir escuchando. Abrí el periódico del día y me sumí en el fascinante y deslumbrador mundo de los deportes.

A menudo tomo conciencia de que, como plasmación diacrónica sobre mi persona, no hago más que exponer hechos que conciernen a lo que gravita a mi alrededor. Es raro que opine, que diserte, que tome partido por algo, que discuta... ¿Estaré demasiado alejado de la corriente general de la sociedad? Pudiera ser. A mi edad, la única sensación que impera en mi vida es la decepción; hacia todo, conmigo, con todos.

[...] fragmentos que desaparecieron para siempre.

[...] no creo que haya sido el espectro, que, por cierto, hace mucho que no me visita. ¿Habré sido yo mismo, cuando esta mañana llegué borracho perdido de la verbena de Fin de Año?... Qué mal me encuentro, por dios. No sé ni por qué me pongo a escribir.

No, no puedo haber sido yo; ¿para qué iba a hacerlo? Pero bien pensado, ¿para qué se hacen las cosas? ¿Qué finalidades nos mueven; qué intenciones?... Son secretas, escapan a nuestro poder decisorio.

Nosotros somos (nuestro pensamiento) la parte visible de un proceso demasiado profundo y complejo como para que podamos interferir en él de un modo definitivo y o determinante. Somos los asombrados espectadores de nuestros propios actos

e

Gran parte de la idea(s) aflora a mi consciente: la sinrazón está en marcha; el momento ha llegado. Todo duerme en su caos y conlleva que se lo lleve el soplo de la vida.

[...]

La piscina exteriorizaba paisaje parcial de la casa de campo. La vivienda estaba rodeada por un tupido bosquecillo que proporcionaba discreción y relativa frescura, entre sombras que se sobreponían unas a otras.

Jugaban los adolescentes con inocencia, en el agua, transmitiendo su alegría, típica inconsciencia hormonal que acaba garantizando la conservación de la especie.

No les molesta vivir en esas condiciones, el enemigo se acerca y la luz del sol aún no se mezcla con la de la otra estrella.

[...] batalla, guerra [...]

La brisa que me empujaba cesó de repente y mi cuerpo ha quedado inerte, maltratado por su propio peso.

No se van, los inquilinos no se van y estoy solo ante el problema, sin fuerzas ni dinero para pleitear. Aceptaré premisas que en un principio eran mías, y erraré por el mundo.

El tipo tenía un sello de oro en el anular de su mano derecha; leía atento, desconfiado. Devolvió el documento al otro.

-Será un mero trámite –dijo el lector del documento, portador de un sello de oro.

-¿A qué interés?

-No te preocupes por los costes.

-¿Por...?

-Primero hay que evaluar.

-Pido poco.

-No importa. Tenemos que hacer un registro notarial y es necesario que se tase –expuso el lector del documento, portador de un sello de oro. Su mirada astuta nunca se dirigía al rostro del otro.

-No acepto.

-Pero, señor, ¡debe ser así; son las normas! –exclamó el lector del documento, portador de un sello de oro, mirada astuta y reacciones nerviosas.

-Es igual.

-Como quiera –respondió el lector del documento, portador de un sello de oro, mirada astuta, reacciones nerviosas y expresión colérica.

El dueño del documento gestó su ausencia de la habitación usada como despacho; entretanto, el lector del documento, portador de un sello de oro, mirada astuta, reacciones nerviosas y expresión colérica se mordió el labio inferior con rabia. Sangró.

El lector del documento, portador de un sello de oro, mirada astuta, reacciones nerviosas, expresión colérica y actitudes de rabia hacia sí mismo -el hombre que es todos los hombres-, esta vez no consiguió sus fines. El portador del documento evitó ser depredado.

La pátina viscosa que desprenden los caracoles al trasladarse se ha secado y ha formado una costra blanca, opaca y quebradiza. Me crían por todas partes y su vagar es lo único que me queda.

Restos, todo son restos: pobres criaturas, siempre ignorarán lo que hicieron.

¿Qué es esto? ¿Plástico? Plástico fundido será. Me parece un zoolito, pues poseyó vida.

Ahora se van los inquilinos y los niños juegan en el agua.

[...] la guerra será brutal; lo destruyó todo [...]

Indolencia total, redimida de calores, de valores, de olores. Le gustaría salir y otear un celaje que peinara el sol.

No puede; no quieres. ¿Quieres? ¿Quién puede decir que no quiere lo que tú quieres?

Salta y devora reforma el placer y el placer lo ignora no queda historia que pueda subrayarse con tantas palabras como siglos resten en una redada de expresiones que repiten pensamientos que parecen bucles o rizos se llevan la simbiosis permanente en asociaciones que debieran ser musicales y mi ojete me deja tranquilo porque las almorranas se han calmado pienso que esto no vale la pena que ya lo hizo alguien y es

mejor dejar de hacerlo para estirarme en escuchar la sinfonía de fondo a los pajarillos que hace un día de cojones suspirar royendo a las viejas que se desnucan afamadas en dejarme por dios de tonterías y hacerle más caso al perro este que ladra con la peste que echan ya las mantas me voy por ahí de una puta vez pues asco me da el cansancio de mano y Onam olé qué huevos tengo cuando escupe leche y sube hirviendo y hierve y hierve y se proyecta porque le da la gana qué tontería hacer cosas que ya se han hecho pero me entretengo y trabajo a destajo en el tajo.

El párrafo precedente me parece una mierda; eso ya lo hizo Joyce, y mucho mejor, en la duermevela de Molly Bloom.

He dejado de leer a Pla de momento; el suyo es un libro muy bueno pero demasiado extenso, denso y prolijo para mis actuales apetencias de lectura. Hoy miré en los estantes y vi una novela breve, y es eso, un texto breve, algo que le resulta más adecuado a mi agotada psique: *Los santos inocentes*, de Delibes. La he hojeado y me parece chocante que sólo esté escrita con comas. Usar sólo comas me parece un ejercicio literario enorme e impresionante pero innecesario. Me viene con esto a la mente cierta aspiración absurda que yo me sé.

He pensado que la ocurrencia del espectro (crearlo, me refiero) es muy graciosa, demasiado; siento celos y quiero matarlo. ¿Matar a un muerto? Sí: matar a un muerto. ¿O no está muerto porque es una invención mía?... Qué lío.

Pensemos en cómo matar a un muerto que en realidad nunca ha existido (ya existirá, ya). Bien. En todo caso, este problema se solventa gastando tinta en otras cosas.

Aquí, sí, al rincón.

Hablaste el otro día como un hombre.

Te preguntó por lo social en tu obra y tú pensaste que qué le importaban a él tus coletazos moribundos en un postrer intento por insertarte en la corriente general del mundo, que por lo general siempre se sitúa de espaldas a ti.

Perfecto.

Ahora vienen los reparos:

A mí me parece muy bien lo que pienses, lo que digas, o lo que opines, siempre que no te dejes llevar por la iniquidad. Al otro le contestaste que si la sociedad está desquiciada, hay que darle más absurdo aún. Muy bien; todo eso me parece justo si no fuera porque ese absurdo que predicas lo has convertido en mí mismo –falta papel higiénico-. Derivas, en todo esto, hacia un cinismo y una indiferencia que no se acompañan con los latidos de tu corazón: porque tú no careces de semejante órgano, lo creas o no.

Por supuesto que no deben faltar explicaciones.

Veo la ira, el sentido obscuro que manifiesta lo gratuito de tu reprobación –la calle se congela, desierta, lineal entre fracturas de la imagen estática-. Mis actos, mis sensaciones, mis pensamientos, todo lo que soy yo en definitiva, difieren respecto a lo que crees que sucede

conmigo. ¿Sabes? Salí del puente y bajé por el terreno arcilloso, resbaladizo. Era peligroso salir de los caminos establecidos, pero allí, junto al río, percibía una sensación de cercanía. La naturaleza me rodeaba, el aire emitía otros sonidos, y los olores y los colores quedaban confinados a los reductos del subconsciente.

¿Qué pretendo darte a entender?, pensarás –la noche es aciaga y fría-, y con razón. Primero te pido que no me juzgues sin conocerme. Y lo siguiente es que allí, junto al cauce de agua, encontré lo sublime, el riesgo de contemplar alegorías, o puede que plasmaciones, inequívocas, de que el sentido del riesgo afín a la naturaleza es lo único en verdad que merece ser buscado, y no la felicidad, pues ésta no consta de otra cosa que de estados transitorios y efímeros. La vida, amigo, son fragmentos que se reproducen una y otra vez; en hombres distintos, en animales distintos, en plantas distintas, en hongos distintos... Pero siempre es uno: es todo, y es nada.

Dividido. Troceado y divergente –el hogar me recoge en su seno, y estoy durmiendo-, sería lo adecuado decir –ya dormido-.

No proceden las excusas. Es un modo bello de expresión el tuyo, pero rasgado, y que a la postre nada comunica [...]

Pla tiene razón, en lo que respecta a los grandes libros: han sido escritos para no ser tomados en serio. Los escritores que creen en lo que dicen son unos ingenuos o unos manipuladores, inconscientes o no. En tanto que sólo cabe una categoría para los lectores que se toman los libros en serio: idiotas. Y yo, observo con angustia y con esporádicas

erupciones de pánico, que he estado durante mucho tiempo tomándome los libros en serio.

Es como dispararle a la Verdad: ni se inmuta.

No le hagas caso: su alma está roída por el diablo. Sí..., me alegra tu creencia de que yo no vengo a cuento; y si acierto en mi especulación y es verdad que lo piensas, deviene en mí una mayor satisfacción... Pero te daré un consejo: en el lamento de haber engendrado, o incorporado, un espectro -¿quizás es un bufón?-, no eres del todo consecuente al eliminarlo: suprimes el nexo que da un poco de consistencia a la historia.

No, por favor, no creas que a ti me quiero imponer, ni te asombres ni quedes en blanco por momentos.

Genera estupefacción ser examinado; y a menudo resulta ingrato sentirse criticado. Dicho de otro modo: alguien te analiza y puedes no gustarle, por lo que es muy probable que restes tirado en un rincón, bajo polvo, mancillado, generando polvo...

Momento éste en que los achaques me están agrediendo con virulencia, con ferocidad. Sin vida apenas, apenas distingo vida.

Las risas quedan lejos. ¿Dónde parece el sonido? Las imágenes, sé que están, que se encuentran aunque tengan que viajar muy lejos. Cierto, así sucede a veces: los espejismos se topan y pasmados resultan de contemplar algo que parece ser ellos mismos; y se asustan, quedando inmersos en su inconsciente irrealidad..., hasta que desaparecen de repente como pompas de jabón. La imagen sobreviviente (cada cual se ve

a sí misma vencedora, por omisión de perspectiva respecto a la otra) se rasca sorprendida el cogote, haciéndose preguntas. Sí, algo queda entre luces; pero no el sonido: la evidencia de su existencia es el posterior silencio.

Me cloné de forma ectópica. Todo fue bien y mi hijo creció fuerte entre mis pechos. Permití que su personalidad se desarrollase con plena libertad, sin injertos virtuales, en su mente, de mi propia idiosincrasia y temperamento; es decir, se trata de un individuo distinto a mí, pese a que exteriormente seamos idénticos, si dejamos de lado el abismo temporal que nos separa.

De sobras se sabe que no es bueno intervenir en exceso en la inercia propia de la evolución.

Este hecho... Perdón, la criatura solloza. Este hecho, decía, de verdad que insufla vida a momentos que, por estar en el olvido, no caíamos en la cuenta de que estaban muertos.

Hace muchos años, me dijo un desconocido:

-Siempre tropezamos con el sinsentido de la vida. ¿Por qué buscamos entonces? Porque el sinsentido y la búsqueda de sentido son la creación, así de simple. Pero te voy a decir una cosa que deseo la guardes en secreto. ¿Lo harás?

-Sí –respondí. El hombre asintió con la cabeza y prosiguió:

-La naturaleza está a un paso de engendrar al observador puro:
pensamiento que se piensa para no incidir en la materia.

-¿Qué me quiere decir con eso? –pregunté.

-Analízalo –dijo. Y se fue.

Comencé a caminar hacia el lugar donde había encontrado cobijo. Pese a que las cosas me iban muy mal y tenía un fuerte constipado, me sentía optimista, consciente de que la vida no se trata de un estado estático, por lo que sólo podía cambiar todo a mejor.

La noche era clara, con luna con cara de patata frita de bolsa. Crucé unas cuantas calles y, cuando llegué al portal, ascendí las sucias escaleras hasta dar con el lugar. No había luz; saqué un mechero de mi bolsillo y lo encendí para orientarme. Estaban ya dormidos los indigentes de siempre; sus metabolismos intentaban limpiar y reparar los excesos químicos y biológicos llevados durante el día.

Localicé el hueco.

La humedad del cuarto formaba una pátina viscosa sobre todas las superficies, y charquitos en las irregularidades del suelo. Grandes manchas de hongos cambiaban el color a unas paredes antaño tranquilas y claras, enjalbegadas. Desprendía el lugar un frío siniestro, tan profundo que parecía irradiar hacia fuera de mi cuerpo, a partir del tuétano de mis huesos.

Desperté tiritando, mis dientes entrechocaban. La fiebre había progresado, convirtiendo un simple resfriado en algo que podía derivar en pulmonía. Debía acudir al médico. Me fui, entre pasos que punteaban su soporte de silencio; entre el malestar de una enfermedad de visiones

sordas y amarillas; entre zumbidos de cansancio y con la sensación de que mis pensamientos eran de otro.

La espera en Urgencias había sido ardua y pesadosa, triste. La doctora me contemplaba con rostro circunspecto. Se levantó y salió de la estancia; al rato volvió acompañada de un señor. Cuchichearon algo que no entendí.

Acabé hospitalizado unos días.

Una vez salí curado de allí, decidí no volver a aquel agujero insalubre donde me había refugiado en los últimos tiempos.

Me sentía bien, del todo repuesto, y el día era maravilloso, soleado y cantarín, por lo que decidí dar un paseo. Me metí por un camino rural que era largo, muy largo, inacabable. Después de mucho tiempo caminando, estaba muy cansado ya, arrepentido de haber tomado el dichoso sendero. De repente escuché algo, una voz humana que declamaba, y avancé un poco para observar bien semejante rareza en un lugar, supuestamente, tan solitario. Ya divisado el objetivo, me aproximé a él. Me detuve para escuchar las palabras de un hombre que hablaba a una multitud arremolinada en torno a su persona. Comentaba algo sobre caminos que se bifurcan detrás de un muro, y acaban retornando. Me pareció una tontería lo que decía y no quise escuchar más. Seguí andando, y andando, y andando..., y acabé encontrándome conmigo mismo.

-El análisis de lo sucedido me dicta que debo restaurarlo todo. El lugar me corresponde pero no puedo retenerlo por culpa de otros –dije.

-Se irán los que ocupan el lugar que me corresponde. Podré restaurarlo todo –dije.

El proceso estaba en marcha. Todos los individuos eran la misma cosa: agentes del control homeostático.

Hace muchos años, leí un libro titulado *La quinta cabeza de Cerbero*, de un escritor norteamericano cuyo nombre era... ¿No me acuerdo o no quiero acordarme?... Y esto... ¿a qué me recuerda?

Lo cierto es que soy viejo ya, muy viejo: tuve verdaderos problemas para obtener el permiso de implantación clónica.

El niño ríe y juega. A veces fija su mirada en mí, con curiosidad, y sin duda busca respuestas a algo que aún le resulta inconcebible, pero que comienza a intuir.

Y otro día insulso, que se fundirá con los anteriores.

No he mencionado aún que encontré hace poco un trabajo. Consiste en ir repartiendo propaganda por los buzones –buzoneo se llama: perro y mal pagado-. Yo lo realizo una vez a la semana, como particular, para un supermercado.

No entiendo qué mecanismos en apariencia inexistentes comienzan a palpar cada cierto tiempo, lentamente, como a cuentagotas, en este mundo. Son procesos que se producen en cerebros que quizás en tanto estuvieron con nosotros no pudieron comprender lo excelso de su ser. Joyas, portentos, creaciones tan sublimes como *Atardecer en la catedral*

de Cernuda, el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, la *Fábula de Polifemo y Galatea* de Góngora, la *Sonatina* de Darío, o algunas rimas de Bécquer y ciertos sonetos de Shakespeare y de Quevedo, por citar sólo algunos ejemplos, me hacen sentir, ¡Dios!, que mi poesía parezca que esté extraída del cubo de la basura, en comparación.

Y esa sombra que me desnuda y me aboca a la indiferencia de los trastos abandonados, con palpitaciones de la ofrenda humillada, al rememorar el fragmento en que la dejé pasar. Abruma su mirada armada de pinzas que dislocan el raciocinio y revierten en la disociación, disolución, mejor dicho, de mi entidad.

¿Qué querrá esto que yo haga?

La confraternización de los añadidos son endebles, que no sutiles. Hay que rasgar en profundidad la hoja, y se piense que todo es un colapso, una evidencia de lo ilusorio.

Hacia años, siglos, que no me encontraba tan estreñado como ahora. Toca afuera la campana soez, sobre la persiana, movida por fluidos en andanada. La persona, con su voz aguda, potente, me insta a acabar. Que se mea, dice. (Situaciones banales descomponen la arquitectura de una descripción no convencional. Atiende de una vez. Deja que la criatura vaya a orinar al imbornal de la galería. Es necesaria la reaparición del espectro y a la vez eliminar *lo otro*... Es molesto perder el tiempo en pensamientos equívocos y equivocados. No te advierto más: *lo otro* es como una enfermedad que acabará por destruir tus intenciones.)

-¡Vaaa...! Ya salgo. Ya salgo...
-¡¿Es que piensas que el váter se hizo sólo para ti?!
-Nooo... ¡No hay papel!
-Pues usa el bidé.
-¡Joder!...

Nunca estuve allí. Nunca jugué con la muerte ni con tus ojos proscritos por la vida. Era un sueño baldío en el que la bruma se desplazaba como un conjuro entre la maleza defoliada y sugeridora de espejismos tenebrosos.

Se me van; se me van los inquilinos y los hijos del sistema. Se me van los factores que me animaban. El mundo está equivocado, es un error; y yo, para no dejarme devorar por este estúpido frenesí, debo incorporarme en la corriente, equivocado también pero más fuerte y preparado para afrontar la vida tal como es. Quiero decir que esto, la literatura, no va a resolverme los problemas económicos, así que es preciso dejarla a un lado y que muera, como muere mi hijo, como mueren todos mis hijos, para que yo pueda sobrevivir. Qué extraño mundo éste, en el que los hijos mueren para dar vida al padre.

REVERSO

Si no recuerdo mal, fue allá por 1996 cuando tuve conocimiento de la existencia de Pe. Yo trabajaba en el departamento de archivos de una gran corporación de servicios. Pe fue contratado por mi empresa, y lo situaron en el último escalafón de ella.

Una mañana, la mañana en que oí hablar por primera vez de Pe, me encontraba sentado a mi mesa, pasando un libro muy grueso de documentos al disco duro del ordenador –también tenía que hacer copias en disquetes-, y llegó el jefe de sección a mi lado. Era éste un chico joven, muy alto, con cara y fisonomía en verdad agraciadas, estéticas. Era hijo de uno de los dueños de la empresa. Lo miré y me di cuenta de que estaba casi ansioso por decirme algo; y no me equivoqué, porque se agachó, apoyó las palmas de las manos en la mesa y aproximando su rostro al mío, dejando ver que lo que iba a decir era confidencial, entre él y yo, me comentó:

-¿Te has fijado en el nuevo fichaje?

-¿Quién? –dije, y haciendo un gesto de pródiga estupidez, busqué con la mirada a mi alrededor.

-No está aquí. Me refiero a si lo has visto ya.

-No sé de quién me habla, señor.

-Debes de ser la única persona que aún no se ha enterado de que Pe trabaja con nosotros.

-¿Pe?

-Sí: Pe.

-Pe, de la letra pe, ¿no?

-Exacto.

-¿Una inicial solamente?

-Para tal sabandija, ya es mucho eso.

El comentario me hizo parpadear.

-Es un vago –prosiguió el jefe-. No se merece ni el agua que bebe.

De momento lo hemos puesto a limpiar cloacas, con útiles de mano, nada de tecnologías refinadas. Nos afanamos en buscarle los lugares más recónditos y sucios para que se introduzca en ellos, intentando así que se pringue todo de mierda. Una vez se quedó atascado en un conducto muy estrecho; gritaba lleno de pavor, como un cerdo, pensando que lo iban a dejar allí hasta que muriera. Yo, a cierta distancia para que no me oyese (fui porque no me quise perder el espectáculo, pues había sido preparado por nosotros), no paraba de reír a carcajada limpia. Después de cachondearnos un buen rato, lo dejamos allí un par de horas, en las que aprovechamos para ir a tomar un aperitivo. Cuando volvimos, un operario tiró de él por los pies y lo sacó sin problemas. Pe es un individuo repugnante que se merece lo peor.

-¿Pero de dónde ha salido Pe? ¿Por qué parece usted conocerlo tan bien?

-Si yo te contara... –Y marchó de mi lado haciendo un gesto extraño, similar al de alguien que siente náuseas y desea vomitar. No me

cupo duda de que tal expresión en su faz se debía a que mantenía a Pe en su mente.

Seguí tecleando mientras rememoraba en todo momento la conversación mantenida con mi superior. Distráido, sumido en mí mismo, sin concentración ninguna en mi trabajo, con frecuencia tenía que rectificar errores de transmisión en la copia que pasaba al ordenador.

Llegó la hora del almuerzo y dejé mi puesto. Comer entre los compañeros aliviaría mi tensión interna. Ciertamente, sin saber bien por qué, los comentarios del jefe habían dejado en mí un residuo extraño que me inquietaba.

En 1983, después de graduarme en Óptica, ya no pude posponer por más tiempo mis obligaciones con la patria y entré en las listas de reclutamiento para realizar el servicio militar.

Mi periodo castrense fue una etapa azarosa, complicada, sobre todo durante el periodo de novato; pero a medida que transcurrió el tiempo conseguí lo mejor que le puede suceder a un individuo en la mili y en otras muchas facetas de la vida social condicionada, no escogida: pasar desapercibido; en consecuencia no me supuso ningún trauma el realizarla. Al cabo de año y medio de vagar por medio mundo –fui alistado en Marina- me encontré, no debo dejar de reconocerlo, como más preparado para enfrentarme a los contratiempos de la vida, hecho “todo un hombre”.

Cuando me licencié del servicio militar a mediados de 1985, muchas cosas habían cambiado para mí: mis amistades se habían

desintegrado, bien por casamientos, bien por cualesquiera otros motivos; los lugares de ocio de moda no eran ya los que yo había frecuentado, y en los nuevos sitios de diversión no conocía a nadie. Pero no se me vino el mundo abajo: somos seres adaptables, elásticos en las relaciones, y al cabo del tiempo, poco a poco, encontré nuevas compañías.

No tardé mucho en encontrar trabajo en una óptica, y en ella ejercí mi profesión durante unos meses, hasta que el pequeño negocio familiar se fue al traste debido a la irrupción de empresas del sector mucho más potentes. Cobré el subsidio de desempleo durante un tiempo, en el que me limité a hacer el vago y a realizar vida de desenfreno en la noche de la ciudad.

En 1987 tenía ya veintisiete años y aún vivía con mis padres y mis hermanos (yo soy el hijo mayor).

Una mañana entró mi padre en mi habitación. Quería hablar conmigo, darme el típico sermón. “¿No crees que va siendo hora de que encauces tu vida?”, me dijo. Yo, medio dormido, lo contemplaba con un solo ojo. “¿Y qué quieres que haga, papá, si no hay trabajo?”, respondí. Sumergido en mantas y en un acuciante sueño, me di la vuelta con pereza sobre la cama y ofrecí al hombre mi espalda. “Ya hablaremos en otro momento”, concluyó, y cerró con suavidad la puerta, marchando con la delicadeza del progenitor que quiere que su hijo descanse.

Jamás volvió a hacer otro intento de abordar el tema, bien por el deseo de no crear fricciones en casa respecto al asunto de mi vida negligente y disipada, bien porque era evidente que el mercado laboral de

la época resultaba raquítrico, y pocas opciones había de encontrar trabajo. De esto último mis padres eran conscientes, y durante una buena temporada fui un mantenido: cuando se me agotó la prestación del paro decidieron transferirme una pequeña paga a cambio de que yo la emplease de un modo útil: buscar trabajo, no salir por las noches y, sobre todo, no perturbar la armonía del hogar. Así estuve viviendo hasta los veintinueve años de edad. En ese momento, en 1989, mi vida comenzó a girar, tomando una dirección adecuada para mí.

Conocí a una chica hermosa, discreta y recatada, de familia no rica pero bien asentada. Siguiendo las directrices de ella, conseguí un puesto de archivero en una sociedad de servicios auxiliares –en la cual, creo que en 1996, oí hablar de Pe por primera vez-. Después de poco más de un año de noviazgo, nos casamos. Compramos una casa de medianas dimensiones, sin jardín pero con patio, al cual iban a parar todos los gatos vagabundos de la ciudad. Muchas veces no pudimos dormir, perturbados por los continuos y siniestros maullidos de los animales, cuando las hembras estaban en celo.

Todo nos iba bien y tuvimos un hijo en 1992, el año de los Juegos Olímpicos de Barcelona y de la Exposición Universal de Sevilla. Como ambos trabajábamos, quienes tuvieron mucho tiempo al niño con ellos fueron sus abuelos, tanto maternos como paternos, que lo cuidaban durante nuestras largas ausencias profesionales.

Ganábamos buenos sueldos y nos podíamos permitir ciertos lujos, como ir de vacaciones al extranjero y hospedarnos en hoteles de un mínimo de cuatro estrellas; también compramos un apartamento en Salou

para pasar allí los fines de semana. El matrimonio funcionaba y nuestro hijo ejercía de engranaje en las buenas relaciones de las familias de ambos cónyuges. Se produjo una sucesión de años que se mostraron inalterables, beatíficos y profundos en armonía.

Pero entonces, creo que allá por 1996, se produjo el advenimiento de Pe.

Como es natural, después de escuchar las palabras del jefe sentí curiosidad por saber de tal individuo (que, por cierto, todos parecían conocerlo menos yo).

Era una madrugada del primer fin de semana posterior a la referida conversación con mi jefe. Mi mujer y yo nos hacíamos arrumacos en la cama, jugando entre caricias antes de realizar la cópula. Entonces, en medio de ese instante de íntimo ardor, acudió a mi mente un pensamiento indefinido y absurdo, pero no lo deseché: hice que se concretara en los procesos del lenguaje para extraerlo a nuestro mundo: “¿Has oído hablar alguna vez de un tal Pe?”, le dije a mi esposa. Después de un leve espasmo que me transmitió mediante su piel -estábamos abrazados, y esas cosas, estando así, como es natural, las percibes-, se quedó rígida, en tensión. “¿Por qué me haces reseña de tan repugnante ser en semejante momento?”, preguntó como respuesta, y se giró en la cama, dándome la espalda.

Al observar semejante reacción, puede comprenderse que yo no podía dar crédito a lo que estaba sucediendo: ¿quién demonios era Pe?; ¿por qué todos parecían tener una deplorable opinión de él? Además era famoso. ¿A qué se debía que todos lo conocieran, si por lo visto era un

personaje que parecía no sobresalir en nada, vista la función que desempeñaba en la empresa? El odio y la hostilidad hacia su persona parecían ser generalizados.

Tengo que conocer a Pe, me dije.

Pocos días después del curioso incidente con mi mujer, en cuanto conseguí un mínimo de tiempo libre para llevar a cabo mi propósito de contactar con Pe, realicé indagaciones para localizar la zona donde residía. No tardé nada en conseguirlo; me bastó con preguntar una sola vez, al primer individuo que encontré circulando por la calle. Era éste un señor de mediana edad cuyo rostro transmitía poca inteligencia, pero debía de estar bien acomodado en el aspecto económico porque vestía ropas caras, de marca. Hizo un mohín de asco con los labios cuando le referí al sujeto por el cual me interesaba, y con posteriores gesticulaciones de brazos, indicando lugares de modo poco específico, dijo: “Es por allí más o menos”. Le di las gracias. Al cabo de una buena caminata, durante la cual tuve que detenerme varias veces para consultar a más gente –todos sabían sobre quién preguntaba; todos transfiguraban su faz mostrando repulsión-, fui a parar a una barriada obrera, humilde, de gente menesterosa y de volátil sentido solidario.

Debo confesar que sentía con antelación algo parecido al miedo, una inquietante y oscura sensación, al vislumbrar la posibilidad de encontrarme con Pe, pues por la información que había estado recibiendo sobre su persona me lo imaginaba como un ser de aspecto físico horrendo, monstruoso, abominable.

Me encontré con una plaza grande, revestida de cemento y sin apenas algún que otro árbol, enclaustrados solitarios en sus respectivos alcorques. Unos cuantos niños jugaban a fútbol; otros muchos corrían en bici, y unos pocos, con patines. Las madres los vigilaban sentadas en bancos ubicados en los laterales del enorme espacio, a la vez que conversaban entre ellas. También había una gran cantidad de ancianos tomando un sol más renqueante que ellos, disipado entre nubes altas. Una continua y moderada brisa molestaba a la única persona que había allí con un libro: las hojas de éste no cesaban de agitarse y extraviaban el punto de lectura del hombre concentrado en ellas, por lo que el individuo, tenaz, empeñado en leer, se veía forzado a sujetarlas abarcándolas lo máximo posible con sus manos.

No sé por qué, el sujeto del libro acaparó toda mi atención. Era joven, no muy alto pero bien formado. En realidad, más que un adulto, parecía un muchacho.

De repente pensé en que Pe no debía de vivir muy lejos de donde yo me encontraba. Me dirigí al banco que estaba más próximo a mí. En él sólo había sentado un señor muy mayor, antiquísimo. Usaba gorra y con su mano derecha sostenía un bastón que mantenía erecto, perpendicular al suelo. Miraba a ninguna parte y una sonrisa de muñeco de madera se mostraba inalterable en su rostro arrugado. Permanecía inmóvil en todo momento, como si estuviese petrificado.

-Buenas tardes –le dije cuando lo alcancé. No pareció oírme porque no se movió en absoluto-. ¿Oiga? –proseguí, alzando la voz. Entonces,

como si dispusiera de un resorte mecánico en el cuello, alzó la cabeza con exasperante parsimonia y me contempló.

-¿Sí? ¿Me dice a mí? –preguntó con voz cargada de flemas.

-A usted, señor.

-Diga pues.

-¿Sabe usted dónde puedo localizar a un tal Pe? Me han dicho que vive por aquí.

-¿Pe? ¿Qué me está diciendo usted? Por Pe nadie se interesa. –Con un leve gesto que le produjo un siniestro chasquido en la muñeca, alzó el bastón y con su punta señaló al muchacho que leía-. Es aquél.

Le di las gracias y comencé a caminar hacia Pe. Mientras me iba alejando del anciano, tuve una sensación que otorgué a mi imaginación, pero juraría que oí ruidos como de engranajes viejos, desgastados y oxidados; giré la cabeza hacia atrás al percibir tales sonidos y vi que el señor con quien había conversado estaba volviendo, como a cámara lenta, a recuperar su posición inicial, hasta quedar inmóvil, inerte, secular.

A medida que lo alcanzaba, no dejé de observar que el lector estaba solo, como aislado, pues la gente más próxima a él se hallaba a un radio mínimo de diez metros de su persona.

Una ráfaga terrible de viento azotó a todo lo que está en este mundo. Oscureció de repente durante un tiempo: viento y oscuridad se sincronizaron. Me costaba caminar porque el intenso aire soplaba en sentido contrario respecto hacia el que yo avanzaba. Las inmundicias depositadas en el sucio suelo revoloteaban por todas partes y algunas me

golpearon en la cara y en el cuerpo. Las lentes de mis gafas se cubrieron de polvo y apenas podía ver. Pero sí atisbé que el libro se desprendió de las manos del muchacho y voló unos metros. Primero, el joven, por instinto, intentó atraparlo, pero al cerciorarse de que no iba a poder, se limitó a contemplar como el ejemplar se le alejaba hasta quedar sobre el piso a cierta distancia de él, resbalando todavía sobre el cemento debido al poderoso soplo, y sus hojas agitándose, frenéticas. El viento era ya más fuerte que la potencia motriz de mis piernas y me hacía recular hacia atrás. Ya casi ciego, sólo pude advertir que el muchacho se incorporó del banco y fue a recoger el libro. Se movía sin ningún impedimento, como si el aire para él no soplara. Capturó el ejemplar y regresó a donde había estado sentado. Justo cuando se acomodó de nuevo en el banco, todo cesó de repente: volvió a aparecer el sol y el poderoso viento se extinguió bruscamente.

El breve y peculiar fenómeno atmosférico había provocado desconcierto e incluso temor entre la gente; y algunos niños, sobre todo los más pequeños, permanecieron un buen rato llorando, desconsolados.

Llegué por fin a su lado.

-Hola... Buenas –dije. Yo estaba de pie frente a él. Desvió su mirada del libro y me contempló con ciertas fisuras de sorpresa en su rostro, me pareció observar.

Entonces sonrió.

-Hola –respondió.

Si el individuo que había enfrente de mí era quien yo había andado buscando, debo reconocer que todo lo preconcebido sobre él por mí se

había desmoronado. Era hermoso y se desenvolvía con una cadencia muy elegante en todos sus movimientos; su sonrisa era beatífica, angelical. Durante los segundos que nos examinamos mutuamente, percibí algo que me desorientó bastante: su cabello, abundante, negro y un poco largo, estaba ordenado, como recién peinado. En cambio el mío quedó descompuesto debido al furibundo y efímero ventarrón.

Cerró el libro y lo depositó con delicadeza en el banco, junto a él. Desde mi posición, las letras de la cubierta estaban invertidas, pero pude leer el título y el nombre del autor: *El mundo de Guermantes*, de Marcel Proust (se trata del tercer volumen de la extensa novela *En busca del tiempo perdido*, obra situada entre las cumbres literarias del siglo veinte). Me sorprendió mucho que el joven leyera textos tan prolijos y complejos; no parecía un intelectual. Además, tal detalle aún encajaba menos que el de su aspecto físico, con mis prejuicios adquiridos mediante terceros sobre Pe.

-Dígame, señor. ¿Qué desea? –prosiguió.

-Pues... verá... Estoy buscando a una persona. Me han dicho que es usted. Pero es casi seguro que me han informado mal.

-¿A quién busca? Quizás yo pueda ayudarle.

-A Pe –solté abruptamente.

-Yo soy Pe. No es mi nombre pero así me llaman. ¿Qué desea?

Me quedé callado unos segundos, desconcertado; mientras tanto, Pe me contemplaba con calma. La razón de mi silencio era muy simple y evidente, porque vamos a ver: ¿qué cojones podía yo desear de Pe? Nada. Todos mis movimientos habían sido instigados por la curiosidad.

Entonces, por suerte para mí, casi de inmediato surgió de entre una estrecha y poco consistente brecha mental, una excusa que me podía sacar del apuro en que me encontraba.

-Me han llegado noticias de que es usted un gran lector de literatura clásica. Simplemente busco a alguien con gustos afines a los míos –dije, y con un gesto de cabeza señalé al libro.

Su sonrisa se hizo más amplia y serena.

-No me queda otra opción que creerle... –De repente me dio una indicación extraña, inquietante-: Fíjese con disimulo en la gente que nos rodea.

Eso hice. Y cuando comprendí el motivo de su sugerencia, sentí miedo: todos aquellos -también los niños- que pululaban por la plaza y sus alrededores, incluso individuos situados en los edificios adyacentes, asomados a las ventanas, o apoyados en las barandillas de sus balcones, *nos estaban vigilando.*

Volví a mirarle.

-No sé a qué se refiere –mentí.

-No importa. Así que le gusta leer. ¿Y escribir?

-De momento no he escrito nada.

-Yo realicé un intento de crear algo. Tomé notas en una agenda; era algo así como un diario, pero todo acabó distorsionándose. Finalmente arranqué la mayoría de las hojas y las tiré a la basura. Hoy sólo queda un resto, unas cuantas páginas de las últimas parrafadas.

-Sería interesante saber qué ha podido escribir usted, pese a que sólo quede un residuo del total.

-¿Dispone de tiempo? –me preguntó.

-¿Para qué?

-Si pudiese usted venir mañana, yo le cedería la agenda para que la examinase a placer en su casa.

-¿Tiene copias del texto? Piense en que me lo podría quedar.

-No tengo, pero me fío de usted.

-¿En qué se basa para confiar en mí? No nos conocemos.

-Yo siempre confío en todo el mundo –fue su ambigua respuesta.

-¿Vive muy lejos de aquí?

-No.

-Entonces, ¿por qué no me la quiere dar ahora?

-He de irme a trabajar. Comienzo de aquí a un rato y he de preparar la cena y otras cosas.

-Comprendo. ¿Dónde quedamos mañana?

-Aquí mismo, si no le importa.

-Bien. Mañana volvemos a vernos aquí. Adiós.

-Que vaya bien. Adiós.

Volví por donde había venido. Mi alma y mi cuerpo se iban encogiendo poco a poco, sobrecogidos por el hecho de observar que todo aquel que transitaba cerca de mí me contemplaba de un modo hosco, despreciativo.

Llegué a casa. Antes de pasar por la puerta ya oía los gritos de mi mujer, y al niño, sollozando en pleno berrinche dictatorial.

Cuando entré vi a ambos, el pequeño porfiando por algo y la madre, histérica perdida, intentando calmarlo. Al verme, ambos cesaron su disputa *y me miraron con odio*.

-¿Qué ocurre? –dije, extrañado.

-He pensado en que debemos divorciarnos –comentó mi esposa. La noticia, tan intempestiva y fuera de lugar, comunicada con inusitada aspereza y brusquedad, hizo que me quedase bloqueado unos segundos.

-¿A qué viene eso? –intenté temporizar.

-El papá es malo –dijo el niño.

Intenté aproximarme a ella para conversar con calma sobre tan drástica y repentina decisión. El crío, al comprender mi intención de acercamiento, se me vino encima y comenzó a darme patadas en las espinillas.

-¡Deja a la mama; deja a la mama! –exclamaba mientras me golpeaba.

-¿Ves lo que estás consiguiendo? Has desquiciado al niño –dijo mi mujer.

-Pero si no he hecho nada –respondí, a la vez que intentaba calmar al diminuto agresor: mi propio hijo.

-Coge tus cosas y sal de esta casa.

-Pero mujer, explícame al menos el motivo de semejante decisión. –Me retiré unos pasos para ver si así evitaba los asaltos del pequeño, y sí, funcionó mi maniobra, pues dejó de atacarme cuando vio que me alejaba de ellos. Yo sentía las piernas doloridas como efecto de su rabiosa contundencia.

-No hay nada que contar.

Viendo la imposibilidad de hacer algo para que cambiase de opinión, o que por lo menos me comentase las causas de tan brusca decisión, me limité a guardar las cosas imprescindibles en la maleta y seguidamente marché a la búsqueda de un lugar en el que pernoctar.

Era ya bien entrada la noche cuando, después de haber visitado infinidad de hoteles y otro tipo de hospedajes en los cuales los recepcionistas me dijeron que no disponían de habitaciones libres, tratándome todos ellos con un desprecio inusitado, pude por fin hallar un sitio donde dormir. Se trataba de una pensión cuyo edificio estaba casi en ruinas, en el Barrio Gótico. Para que me admitiesen, tuve que pagar el doble de la tarifa usual por una habitación destartada, sucia y llena de chinches. Para colmo, las putas de la zona utilizaban el lugar como escondrijo donde fornicar con sus clientes, por lo que se producía un incesante trajín de gritos, gemidos frenéticos, chirriar de catres y escandalosas y constantes subidas y bajadas por las escaleras de las mujeres de sexo mercenario y sus efímeros amantes de cartera alegre y desprendida. Por fin, bien tarde ya, siempre intranquilo, me dormí, sumiéndome en sueños poco reconfortantes.

Me adecené lo mejor posible de buena mañana. Acudí a recepción y pagué por adelantado la estancia de una semana; tiempo que calculé sería el máximo que permanecería allí hasta que encontrase un lugar de residencia en mejores condiciones y más estable.

Salí a la calle hacia mi puesto de trabajo, y lo primero que noté fue que los viandantes *me miraban*. En cierta ocasión, escuché que susurraba

un señor que pasaba por mi lado: “Hijo de puta. Te iba yo a hacer un cambio de cara”. No hice caso al hecho de que pudiese referirse a mi persona: por el casco antiguo de Barcelona pulula mucha gente con problemas mentales.

Antes de llegar a la planta donde ejercía mi labor, durante mi trayecto en el interior del edificio me crucé con muchos compañeros, y ninguno correspondió a mi saludo, cosa que me hizo pensar en que era invisible a sus ojos y mudo a sus oídos.

Al poco de ponerme en faena llegó el jefe. Mostraba su faz una expresión siniestra. Comencé a inquietarme.

-Buenos días –dijo.

Dejé mis tareas y lo atendí:

-Buenas sean, señor.

-¿Todo bien?

-Sí; supongo que sí.

Tomó una silla con ruedas, acolchada, de oficina, que estaba cerca de nosotros. Hizo girar el respaldo del utensilio y se sentó de cara a mí. Cruzó las piernas y me comentó:

-Dirección ha determinado que usted puede sernos más útil desempeñando funciones distintas a las actuales. Lo que ahora hace podría realizarlo cualquier otro.

-Me encuentro a gusto con mi trabajo, señor.

Hizo correr la silla lo suficiente como para llegar a mí y poder colocar su mano en mi hombro, con familiaridad y afecto.

-Deje hoy sus quehaceres. Tiene quince días de vacaciones a partir de ahora...

-Caramba. -No me esperaba tanta amabilidad, sinceramente, sino más bien todo lo contrario, después de haberlo visto llegar con su semblante de mal augurio.

-... vuelva usted ya tendrá asignada su nueva función en otra área de la empresa, más adecuada a sus capacidades. Venga; ahora váyase y en medio mes volvemos a vernos. Entonces le diré su nuevo destino y el trabajo a desempeñar.

-Gracias, de verdad. -Me levanté como sumido en un rubor de satisfacción y me fui, no sin despedirme de él-: Adiós.

-Adiós. Que vaya bien.

Al pisar la calle anduve unos cuantos cruces y acabé doblando una esquina. A unos metros había un bar, y yo tenía hambre. Entré.

Para poder comerlas, tuve que ablandar unas pastas que estaban duras como piedras, sumergiéndolas en el café con leche que había pedido como acompañamiento líquido. A todo esto, comentaré algo que seguramente sean imaginaciones mías, pero yo hubiera jurado que la bebida tenía sabor a orines. Aparte de la percepción de mi lengua, tal aprensión se reforzaba por el hecho de que el camarero, después de sacar la taza de debajo de la cafetera, se había llevado aquella a la cocina con la excusa, dijo, de que allí, en la barra, se habían quedado sin leche.

Con la intención de no castigar más a mi mente con tales reflexiones de matiz paranoico, concluí en que sin duda todo eran

aprensiones mías, producto ello de la extrema excitabilidad que sufría en esos momentos.

Saciado mi estómago, marché del establecimiento. En el exterior, de nuevo volví a sentir que el mundo se había confabulado en mi contra; las personas me dirigían miradas hurañas, agresivas, y siempre duraban sus vistazos unos segundos, resultando indirectos pero indiscretos, de reojo. Algo estaba ocurriendo en torno a mi persona, ya no cabía duda; pero no podía precisar qué era ni a qué se debía.

Al llegar a la pensión pregunté por alguna inmobiliaria cercana. La mujer de detrás del mostrador, una señora mayor desdentada y con verrugas en la cara, pintarrajeada, con estampa de alcahueta, me informó de una con mucha amabilidad, a cambio de hacerle entrega de dos mil pesetas.

Cualquier memez tenía que pagarla a precio de oro y a ese paso me quedaría sin fondos muy pronto. Decidí que debía enfadarme, ya que al parecer todo el mundo había decidido enfadarse conmigo.

Fui a donde los inmuebles. Buscaba alquilar un estudio en el que ubicarme hasta que se produjera la transición de entre estar casado a estar divorciado. Lo quería fuera de Barcelona, en una población del extrarradio que me hiciera olvidar la ciudad donde estaba viviendo las últimas horas del momento, tan absurdas e irritantes, de pesadilla. Tampoco deseaba que la distancia de mi nueva residencia fuese excesiva respecto a la capital, pues en ésta estaba la empresa y tendría que desplazarme para trabajar.

El tipejo de la inmobiliaria quería cobrarme el triple de lo que ponía en el anuncio del escaparate, por un cuchitril de menos de cuarenta metros cuadrados. Mi estado de tensión reprimida estalló. Estábamos solos y aproveché para cogerle la corbata, atraerlo hacia mí y decirle:

-Como no te limites a pedirme lo que pone en el anuncio, vas a tener dos corbatas: ésta –la que yo le sujetaba-, y la corbata colombiana que te voy a hacer.

El muy mamarracho se acojonó y accedió a cobrar el precio previamente establecido en su archivo. No era mi intención aprovecharme de la situación, de su cobardía, para regatear y solicitar un pago inferior, pero tampoco estaba dispuesto a ser estafado.

Lo acordamos todo, de momento de modo improvisado y de palabra, sin firmar nada. No puso reparos el hombre a que yo no adelantase ningún dinero; estaba asustado de verdad ante mi agresiva reacción.

Contento por haber dado un buen paso, salí de allí satisfecho conmigo mismo, revolcándome en burbujas de placer por mi audacia, mi valentía, mi coraje, mi inquebrantable decisión... Si todos se habían propuesto hacerme la puñeta, iban a encontrar trabas y resistencia por mi parte.

Mientras caminaba a la búsqueda de un restaurante barato donde almorzar, pues se acercaba la hora para ello y volvía a tener hambre, caí en la cuenta de que no había fijado el día anterior ninguna hora con Pe para reencontrarnos. Por lógica debíamos reunirnos a la misma hora, deduje.

Tomé una bocacalle y en ese instante sentí un golpe cerca de la nuca. Quedé aturdido, perdí momentáneamente la visión, y de inmediato me cayó una lluvia de palos que me hizo perder la conciencia. Cuando desperté sentía que el dolor había arraigado en todo mi cuerpo. Seguía en el suelo; nadie vino a socorrerme. Sangraba por la nariz y la sentía muy dolorida, taponada y difusa; fluía olor a óxido cuando intentaba aspirar el aire que sentía me faltaba. Mi piel estaba llena de cardenales y mis músculos, tumefactos. A pesar de todo, pude ponerme en pie con relativa facilidad, sin dolores que excediesen los que producían unos meros golpes; es decir, no me habían roto ningún hueso ni dañado algún órgano interno, por lo que, por suerte para mí, sin duda no salí muy malparado del vapuleo recibido.

No vi a mis agresores y en consecuencia no podía acusar a nadie, así que estimé que me resultaba conveniente evitar las molestias de una denuncia.

Me urgía encontrar ayuda, y nadie mejor para eso que mis padres. Me introduje en una boca de metro cercana para que el suburbano me llevase a donde vivían. Todo el mundo se me quedaba mirando al pasar junto a mí; mi imagen debía de ser una auténtica estampa. Una vez en el transporte, me pareció entender las palabras que se cruzaban entre secretos cuchicheos una pareja de enamorados, adolescentes ambos: “Esta vez se han pasado”, dijo la chica, echando un vistazo fugaz a mi deplorable y destrozada figura. “Se lo pensará dos veces antes de ponerse chulito”, le replicó su joven amante.

¿Se habían abierto las puertas de una realidad distinta para mí cuyo carácter teleológico era el castigo sobre mi persona? Tal deliberación me produjo un repentino ataque de ansiedad en el que incluso llegué a pensar en que podrían devenir acontecimientos tan funestos como denuncias falsas, abogados de defensa desidiosos, escurrizos e inoperantes para conmigo, y jueces implacables que expulsaban sulfuro al hablar, y que, con un seco golpe de maza, me condenaban a penas más duras, terribles y fatigosas que a la que fue sometido Sísifo.

Al cesar tales ideas paranoides y abordar de nuevo el entorno mis sentidos, aprecié que estaba temblando... de miedo, entre los aguijonazos de mi dolor físico.

Me vio mi madre y puso las palmas de las manos en sus mejillas, al mismo tiempo que abrió la boca y gimió de espanto ante mi miserable aspecto.

-¿Qué te ha pasado, mi niño? –dijo, expulsando la voz a modo de quejido.

-Ya te lo explicaré, mamá. ¿Está el papa?

-Ahora estoy sola.

Me interné en el piso y me dejé caer en el sofá. Mi madre fue al baño a coger componentes de botiquín. Me limpió la sangre reseca de la cara con cariño y dulzura. Por fin sentí, después de muchas horas, el trato amable de alguien, y no me reprimí en soltar unos sollozos de agradecimiento, ante la mirada callada, tierna y preocupada de mi progenitora.

Me duché y contemplé mi cuerpo en el espejo; estaba lleno de moratones y raspaduras. No era nada grave pero palpitaba el dolor por todos los rincones de mi piel.

Por la tarde, a mis padres y a mi hermana pequeña –mis otros hermanos ya habían marchado del hogar en aquella época- les conté lo único de lo que yo podía estar seguro que había sucedido: que mi esposa me había dejado; que tuve problemas para encontrar albergue; que fui a alquilar un estudio y el sinvergüenza del gestor me quiso cobrar el triple del precio que indicaba el anuncio; que le exigí mis derechos con gallardía, y al salir de la inmobiliaria me dieron una paliza a traición.

Decidió mi familia que realizase con ellos la recuperación hasta que me encontrase en perfectas condiciones. Le pedí a la pequeña que fuese a la pensión a recoger mis cosas, y obediente y atenta conmigo, lo llevó a cabo.

No pude volver al encuentro con Pe, tal y como habíamos acordado el día anterior.

Estuve diez días con mis padres y mi hermana. Mi mejoría al final de ese tiempo era evidente, apenas sentía dolores y los moretones ya no existían.

Era de noche y estaba yo en la cama, con la luz encendida leyendo un libro. Se abrió la puerta del cuarto y al desviar mi mirada vi que entraban los tres. Estaban enfadados por algo en rara sintonía, y me contemplaban hoscamente.

-¿Ocurre algo? –dije, un poco sorprendido.

Habló mi padre:

-Tienes que marchar.

-Claro que me iré; no pienso quedarme aquí a parasitar como antaño.

-No me entiendes. Has de marchar *ahora*.

Me impactó su gélido imperativo, tan brusco y repentino.

-¿Y esas prisas? –pregunté, reponiéndome.

-Eres un cerdo asqueroso que nos ha estado engañando –dijo mi madre con tono amenazador. Sus palabras tan extrañas, inimaginables en la boca de quien surgían, penetraron como un taladro de fuego en mi mente.

-No entiendo... –acerté a decir.

-¡Vete! –gritó mi padre.

Mi propia familia también era enemiga mía.

El fundamento en que se sostenía mi razonamiento en aquel instante tan amargo para mí sobre su rechazo tardío (comparado con los agentes hostiles ya vividos), era que, al ser mis progenitores, personas que por imperativo genético debían quererme, se había producido una suerte de retardo respecto a mi *¿fama?*, y justo en ese momento les fueron transmitidos los rumores negativos que sobre mí circulaban. Trabajaba mi mente sobre supuestos, pero no me cabía duda que no se alejaban éstos demasiado de la auténtica realidad.

Me dolió, qué duda cabe, que ellos también se posicionaran en mi contra, pese a los lazos afectivos que se suponía debían atarnos.

Comprendí que lo mejor era no pretender convencerlos de nada. Me fui con mi pequeño equipaje y volví a la pensión donde pernocté

antes de la somanta palos que recibí cuando lo de la inmobiliaria. Me dieron una habitación distinta, aún más pequeña si ello era posible, en la que no había chinches; había cucarachas, piojos, garrapatas, pulgas, arañas, ladillas, e incluso un avispero en la parte externa del estrecho orificio con pretensiones de ventana. Los picores y las irritaciones de piel eran constantes, y tan contundentes, que me vi obligado a comprar pipetas con solución antiparasitaria para perros, y aplicármelas en el cogote. Funcionó.

Volví a la empresa cuando acabaron mis vacaciones.

Me dijeron que el jefe quería entrevistarse conmigo y me hicieron permanecer en la antesala más de cuatro horas, esperando. Por fin la secretaria me comunicó que podía pasar a verlo. Entré y cuando vi su rostro lo primero que percibí fue una manifestación de implacable crueldad. Se incorporó de su sillón y extendió la mano hacia el lado opuesto de la mesa; acepté el saludo y me quedé de pie, pues no había sillas para los visitantes.

-¿Le han ido bien estos días de relax? –dijo, y de repente estalló en carcajadas. Cuando se recompuso de tal reacción tosió un poco y prosiguió:- Disculpe. Me ha venido la risa tonta. –Y volvió a reír, esta vez descomponiendo su figura, dando golpes con el puño en la mesa y sin molestarse en contener unos enormes lagrimones de hilaridad.

Ante semejante espectáculo yo no sabía qué hacer. Me limité a mirarlo con asombro y repugnancia.

Llegado el momento, dio fin a su esperpéntica actitud y seguidamente se secó los ojos con un clínex limpio que extrajo de un

bolsillo de su pantalón. Lo tiró en la papelera cuando acabó. Deslizó la mano y cogió una tarjeta de las varias que había apiladas en una esquina de la mesa. Me la entregó y dijo ásperamente:

-Sus funciones en la empresa han cambiado de modo ostensible. Esté mañana a las cinco de la mañana en la dirección que ahí pone y pregunte por el encargado. Él le indicará lo que debe hacer.

-¿Tan temprano?

-Sí. A partir de ahora sus horarios de trabajo se ajustarán a las necesidades de la compañía.

-Está bien. ¿Algo más?

-No. Ya puede irse.

A las seis, cuando la aurora comenzaba a clarear entre chispazos de nubes borrosas, estaba yo con un mono de trabajo, sobre un andamio colgante, en una de las torres gemelas del Puerto Olímpico. Limpiaba los cristales del edificio por su parte externa, a más de cien metros de altura. Carecía de cinto de seguridad, por lo que tenía que ir con mucho cuidado de no caer, pues la parte interna del andamio carecía de barandilla, y restaba un hueco considerable entre mi plataforma de sostén y el panel de vidrio que debía limpiar.

Para colmo, tengo miedo a las alturas y, consciente de que al menor descuido me podía precipitar al vacío, estaba en verdad acojonadísimo.

Separado de mí, a mi derecha y a pocos metros más abajo, en la renglera sucesiva de cristales respecto a los que me correspondían, había

otro individuo desempeñando idéntica función a la mía. En el suelo, profundo pero amplio, transitaban hormigas y vehículos de juguete.

Miré hacia el mar; en el horizonte despuntaban nubes muy oscuras y compactas que avanzaban con ligereza hacia la ciudad. Se aproximaba una tormenta.

Al cabo de poco tiempo una ventisca que iba acrecentando su fuerza hacía oscilar mi soporte de lado a lado, como un péndulo. La borrasca, bruna, profunda, sin grietas, estaba muy cerca ya. Empecé a preocuparme.

De repente todo se convirtió en un caleidoscopio de un único, negro color. El vendaval ya no hacía oscilar el andamio sino que lo empujaba en un solo sentido, tierra adentro; se inclinó tanto mi sostén, que tuve que sujetarme con todas mis fuerzas a la barandilla para no caer al vacío, y los utensilios de limpieza salieron despedidos. Estaba angustiado y desesperado, allí atrapado en medio de una lluvia feroz y el soplo despiadado del viento, entre relámpagos y truenos que con su impresionante crujir raspaban la sensación de realidad. Me dolían los músculos y el silbo del aire perforaba mis tímpanos. Las luces del interior del edificio se encendieron. ¡Cielos!, ¿cómo ascender hasta la terraza? Y los que allí estaban de soporte nuestro, ¿por qué no nos izaban?

Me giré como pude para observar si mi colega de más abajo había caído o no... Y un estrangulamiento de pánico recorrió mi espina dorsal al verificar que a la otra persona la terrorífica situación que yo estaba viviendo no le afectaba en absoluto: continuaba con su anodina labor sin verse alterado por el temporal.

Yo tenía el rostro empapado de agua y no podía distinguir bien las imágenes que capturaban mis ojos, distorsionadas por el agua que cubría las lunas de mis gafas.

Hice algo que pudo costarme la vida: solté durante un momento eterno una mano de la barandilla para quitarme las lentes –de una sola dioptría, lo necesario para corregir mi escasa miopía- y evacuar en lo posible el líquido que salpicaba en mi cara, con la intención de poder ver con el máximo de nitidez posible, entrecerrando los párpados; y entonces, en medio de la penumbra de la tormenta intenté distinguir las facciones de la persona a la que nada de lo que a mí me estaba sucediendo le afectaba... Un latigazo estremecedor recorrió mi cuerpo cuando en mi mente se construyó la imagen *de Pe*.

Al cabo de un minuto el prodigio natural remitió hasta su consunción. Jamás un periodo de tiempo tan breve se me había hecho tan largo. El soporte que me ubicaba volvió a ponerse horizontal.

Con frenéticos movimientos de palanca hice ascender el andamio hasta la azotea. Estaba desierta. Salté a ella y comencé a correr, buscando la puerta que daba acceso al interior del edificio. Antes de alcanzarla, aparecieron por ella el encargado y los dos operarios de sostén. Con toda seguridad venían de almorzar. Debían de haber bebido bastante alcohol porque tenían colorados los rostros y se reían estrepitosamente de sus propios comentarios. Al verme, cesaron en sus carcajadas y corrieron hacia mí. Intentaron detenerme a la fuerza, realizando bloqueos casi de rugby que yo esquivaba con rapidez y agilidad. Me sentía como una bestia acorralada que intentaba escapar. Y así era en realidad. Había un

ascensor con la puerta abierta y me metí en él, apreté el botón y, mientras iban cerrándose las compuertas, me giré para plantar cara a *mis enemigos*. Ante el gesto desesperado y asesino que -supongo- mostraba mi faz, ya no se atrevieron a intentar nada, veían que yo estaba dispuesto a todo.

Tuve suerte de que no repararan en guardar la salida, y evitar de ese modo que yo la cruzara: precisamente de ella habían surgido, pero su instinto cazador, mezclado con la borrachera que tenían, les había impedido llevar a cabo semejante razonamiento.

Mientras se encaminaba al piso cero el artefacto, su suelo se encharcaba debido al agua que depositaba en él mi empapada indumentaria. Cuando se detuvo, la puerta se abrió y salí corriendo. Y corrí y corrí hasta que ya casi no podía ni respirar. Me paré cuando consideré que estaba a salvo y descansé un poco para tomar aliento. En ese momento tomé una resolución para tratar de cambiar la situación que estaba viviendo.

Anduve por las estrechas y sinuosas arterias del siempre penumbroso Barrio Gótico, hasta llegar a la pensión. Me despojé del húmedo mono de trabajo y, después de adecentarme un poco con una toalla, me vestí con ropa de calle.

Descansé durante una hora, reflexionando estirado en el camastro.

Cogí dinero y la cartilla de ahorros. Marché al ya abierto supermercado y me avituallé de comida enlatada que bien tardaría en consumirla unas dos semanas. También compré maquinillas de afeitar desechables y unas tijeras. Antes de regresar a la pensión me pasé por

una oficina bancaria y pedí todo el dinero que restaba en la cuenta corriente. Noté que el cajero iba a poner reparos a mi petición; me adelanté a él y procedí así:

-Ni se le ocurra decirme que no puedo extraer nada –casi le susurré al oído, con tono grave, profundo y amenazador. El hombre deglutió saliva ruidosamente y realizó el encargo. Le pedí que lo metiera todo en un sobre que me entregó; y seguidamente, doblándolo por la mitad, lo incrusté en el bolsillo delantero derecho de mi pantalón.

Cuando entré, no había cliente alguno, pero mientras se realizaba mi gestión se había formado una cola detrás de mí, a mis espaldas, de personas que aguardaban su turno para ser atendidas. Sonaban distintas voces que recriminaban la hostilidad de mi tono sobre el trabajador de banca.

Cogí las bolsas del supermercado, que había depositado en el suelo mientras realizaba el cometido, y me giré para salir. Mientras me marchaba pude ver que las alrededor de diez personas que se habían agrupado en la delegación *me contemplaban con impotente fiereza y crueldad.*

Llegué muy cansado y tenso a mi habitación, ordené la comida en un estante roído por la carcoma –todo eran platos fríos- y después me eché en el jergón. Dormí profundamente durante horas. Cuando desperté, bajé a recepción y le pedí a la alcahueta que me diera una habitación con ducha –la mía sólo albergaba lavamanos e inodoro-. Se mostró encantadora y solícita, y en seguida gestionó mi petición. Yo me temía que tanta amabilidad se debía a la Fama y sus voladores rumores, es

decir, que de alguna manera la gente sabía que me estaba rebelando al absurdo que vivía. Seguramente el adefesio femenino –a quien siempre me encontraba detrás del mostrador, sin nadie que la sustituyese- pensaba que podía llegar a agredirla en ese momento, en el que estábamos solos.

Pese a todo, no podía relajarme; era yo consciente de que había una línea, la que fuese, que no podía traspasar: todavía estaba en mí el dolor, ahora ya psicológico, abrumador en la memoria, de los golpes que me infligieron cuando salí de la inmobiliaria.

Tomé posesión de mi nuevo cuarto y allí permanecí una semana sin salir para nada. El último día que estuve en él, muy de buena mañana, cuando ya los nocherniegos habían sido fulminados por el lastre de sus propios excesos, y en consecuencia nadie transitaba por las escaleras y los rellanos de la finca, me puse frente al espejo del lavabo y recorté los lados de la barba que me había dejado crecer. En mi rostro se dibujó algo que se parecía a una perilla, acompañada de unas largas patillas. A continuación, primero con las tijeras y después con las maquinillas de afeitar, me rasuré la cabeza. Desprendí las gafas de mi cara y las coloqué en un departamento de la maleta, bien protegidas. Cuando acabé, volví a mirarme en la luna de azogue; mi aspecto era del todo distinto al que siempre había ofrecido a los demás.

El hospedaje estaba pagado con antelación y vencía ese mismo día. Sujeté la maleta y salí con ella al pasillo; estaba despejado. Descendí las escaleras con muchas precauciones, en silencio. Cuando llegué abajo miré, escondido detrás del recodo que daba principio al hueco de la escalera, hacia el mostrador de recepción... Allí, inmutable, continuaba en

su sitio la portera. Retraje la cabeza para esconderla, no fuese que le diera por mirar hacia mí. Dejé transcurrir un par de minutos y realicé la misma operación. La mujer mantenía la postura anterior, sentada sobre los cojines de su silla de madera con respaldo de traviesas verticales, vigilando la entrada de la pensión, con ambos antebrazos, unidas las manos formando un puño, apoyados en la mesa forrada con formica marrón. Volví a esconderme y esperé otros dos minutos. Me asomé, y lo mismo. Empezaba a ponerme nervioso, tarde o temprano alguien pasaría por donde yo estaba. Seguro que con mi nuevo aspecto no me reconocerían, pero lo mejor era marchar sin dejar rastro. Entonces me decidí; salí de mi escondite, y siempre manteniendo la vista fija en la mujer, llegué a donde ella. No se movía. Me puse frente a su rostro, ambos separados por el mostrador, y constaté que no sabía de mi presencia. En ese momento percibí un zumbido casi inaudible *que surgía de su cuerpo*. Más intrigado y sorprendido que asustado, me dio por realizar un gesto inaudito: alargué mi mano y presioné con el índice en su ojo izquierdo. Éste se giró y la córnea se introdujo por el lado del lagrimal, quedando sólo un atisbo de iris y mostrándose todo el blanco de la esclerótica. Y ahí sí, me eché a temblar. Retiré el dedo con una lentitud que me pareció exasperante a mí mismo, y avanzando hacia el portalón de madera que daba a la salida, sin dejar de vigilar a la mujer, alcancé la calle y una vez en ella comencé a caminar con apresuramiento, tragando saliva sin parar, angustiado por el inusual fenómeno que había observado.

Preguntando y trajinando de un lugar a otro de la estación de Sants –comprobé que mi nueva imagen resultaba eficaz porque nadie me

reconoció-, por fin me hice con un billete de autocar que me llevaría a Huesca.

La parada de los vehículos de carretera se encontraba a escasos metros de la estación de tren. Había poca gente, y el lugar, enorme y a tres vientos, cubierto por una marquesina de teja artificial, sujeta por consistentes vigas, desprendía olores de grasa y gasoil, mezclados.

Localicé el transporte que me correspondía. El conductor estaba sentado en la cabina. Tenía abierta la puerta y charlaba con alguien situado afuera y con un pie apoyado en el primer escalón del autobús. El hombre de abajo vestía de paisano pero seguramente era colega del otro porque comentaban anécdotas, incidencias y otros temas inherentes a ese tipo de trabajo. Los interrumpí para preguntarle al señor de dentro si podía guardar la maleta en el portaequipajes. Me dijo que no, que eso se hacía justo antes de partir. Le di las gracias y me fui a la búsqueda de un bar, cargado con los bártulos; faltaban casi tres cuartos de hora para iniciar la marcha y yo tenía hambre. Además mi pretensión era la de adquirir algunos enseres alimenticios, y sobre todo agua, para el trayecto.

El local estaba vacío a tan tempranas horas. Pedí un sándwich y un refresco y me acodé en la barra a la espera de ser servido. Luego, mientras comía, solicité un par de bocadillos fríos y una botella de agua de litro y medio. Al acabar, pagué, introduje el pedido para el viaje en una bolsa de plástico que requerí al camarero, y volví a la estación de autobuses. No pretendió el barman cobrarme de más, con lo cual volví a confirmar la eficacia de mi nuevo aspecto.

Faltaba poco para tomar un nuevo rumbo.

Llegué a mi destino, un pueblo importante a las puertas del Pirineo Central.

Cuando descendí del autocar, me quedé parado en una plazoleta contigua a la carretera general, sin saber a dónde ir. Mis compañeros de viaje se dispersaban mientras el autobús emitía un bronco sonido y desaparecía, buscando las cocheras. Vislumbré un banco solitario, fui hacia él y me senté. Busqué mis gafas en la maleta, cuando las localicé me las puse, y las distancias dejaron de ser borrosas y distorsionadas.

Había concebido un plan durante el viaje; ahora tenía que ponerlo en práctica, pero muy pocas cosas dependían sólo de mí. Lo primero que debía hacer era comprobar si las anomalías negativas que me sucedieron en Barcelona también me iban a afectar en el lugar donde me hallaba ahora.

A semejantes alturas yo no podía negarme a mí mismo algo muy evidente: que las experiencias tan nefastas que habían tenido lugar en mi vida reciente, se manifestaron a partir de coincidir con Pe; sólo a partir de ese momento, nunca antes. Pero ahora mi objetivo consistía en constatar si los rumores adversos que me atosigaban eran universales o no; es decir: si en Jaca también iba a resultar hostigado.

Entré en una cafetería. No se encontraban más que un par de clientes que discutían sobre fútbol, sentados a una mesa. Me dirigí hacia la camarera, una señora de rostro agraciado pero con cuerpo rollizo de matrona, que en ese momento secaba vasos con un paño. Al interrogarme con la mirada le pedí una cerveza. Cuando la ponía sobre la barra le solté

de sopetón: “¿Conoce usted a...?”. Tenso y dubitativo, callé un instante; acto seguido cité mi nombre y mis apellidos. Su rostro no se inmutó. “No”, se limitó a responder. Casi de modo instintivo, mis músculos se relajaron.

Trabajé durante años en un camping como operario de mantenimiento. Mi labor era constante y dura, y tenía que estar a disposición de mis jefes las veinticuatro horas del día. No tenía contrato y cobraba muy poco, en negro, pero debido a que me hospedaba en el propio recinto, en un barracón apartado, y a que mis necesidades básicas eran dispensadas de manera gratuita en el bar del negocio de acampada, pude ahorrar una buena cantidad de dinero al cabo del tiempo, pues nunca he sido malgastador y además allí llevaba una vida muy austera y replegada, casi de anacoreta. Cuando el contable me pagaba la cantidad acordada -siempre en metálico y guardada en un sobre-, al día siguiente me dirigía a pie a Jaca e ingresaba casi todo el capital en una cuenta corriente que fue engordando poco a poco.

En 2008 me había convertido en un hombre opulento a cambio de desdichas y malvivir: durante más de dos lustros desempeñé el papel de avaro. En el citado año dejé la labor realizada hasta ese momento y monté un negocio, una óptica. Prosperé y me hice un lugar entre la clase acomodada de la población. Todos allí conocían mi pasado cicatero, mis fatigas y mi condición de individuo casi miserable durante mi estancia en el camping, pero nadie dudaba en reconocer que mi nuevo estatus me lo había ganado a fuerza de tesón y de trabajo duro.

En invierno de 2012 llegó a mi buzón la carta que desde hacía mucho tiempo estaba esperando: era del abogado de mi mujer. Reclamaban mi presencia en Barcelona para efectuar un divorcio postergado durante más de quince años.

Una vez comprobé que en Jaca nadie me relacionaba con *el efecto Pe*, recuperé mi aspecto de siempre; es decir, en casi el mismo momento de llegar allí, me dejé crecer el cabello, cada día me afeitaba, y usaba mis gafas con rutinaria normalidad.

De tal guisa me presenté en la Ciudad Condal.

Al principio, nervioso por el miedo a ser reconocido, caminaba por las calles con desconfianza: el ceño fruncido y mirando continuamente hacia todos los lados. Pero no, no escuché gritos tales como: “¡Ahí está, chicos. Hagamos una hoguera y quemémoslo vivo!”; al contrario, pasaba desapercibido como un ciudadano anónimo más.

Pulsé el botón apropiado, en el portero automático de un portal de la calle Balmes. Un zumbido me permitió pasar. Entonces, en el ascensor que me iba a subir al piso donde el abogado de mi mujer tenía su bufete, comencé a sumirme en preocupaciones distintas a las que sentí durante el viaje, antes de llegar a la ciudad. Eran mucho más prosaicas y terrenales; como por ejemplo: si en contra de mi persona podía existir una denuncia por abandono de hogar, o bien que me forzaran a pagar algún tipo de indemnización por no hacerme cargo en absoluto de mi hijo durante tantos años, mientras fue menor de edad.

Por suerte, no hubo ningún tipo de problema. El jurista me comentó que mi esposa sólo deseaba la separación definitiva, por ley. En cuanto a

la casa, consideré que era de justicia cederle mi parte: no en vano todos los gastos de la vivienda habían corrido a cuenta de ella; también la manutención del niño.

Firmé los documentos pertinentes y salí de allí relajadísimo. Casi me sentía un hombre nuevo.

Disponía de mucho tiempo para tomar el autocar que me llevaría de retorno a Aragón, por lo que sin prisas anduve un rato hasta que encontré un restaurante en el que comí con buen apetito, alegre y satisfecho porque en ese punto de mi vida las cosas iban fluyendo con muy buena predisposición.

No soy rencoroso, pero pese a encontrarme otra vez en Barcelona, pensé que no resultaría conveniente un reencuentro con mis padres.

En lugar de vagar de modo indiscriminado por la ciudad a la espera de que llegase la hora de tomar el autocar de vuelta, decidí visitar la plaza donde conocí a Pe. (No cabía en mi mente que a él mismo pudiese volverlo a ver, pero me equivoqué.)

Mientras me encaminaba hacia allí, pensaba en que le estaba haciendo una suerte de homenaje a quien tanto había determinado mi existencia en los últimos tiempos. Lo más curioso de todo es que el joven no tuvo que poner nada de su parte para que la totalidad de mi entorno mutase de manera tan drástica.

El barrio se había transformado mucho durante el transcurrir de los años; edificios modernos que no estaban cuando vine aquel día se mezclaban con otros muy antiguos, formando una especie de sinuosidad en el conjunto arquitectónico, con fuertes contrastes. La mayor parte de

los residentes, o por lo menos los individuos que por allí circulaban, eran extranjeros, inmigrantes.

Allí estaba el banco, y allí... estaba Pe, leyendo un libro, tal y como me lo encontré cuando lo conocí. No parecía haber envejecido en absoluto. Era una escena casi idéntica a la primera, como si el tiempo de por medio no hubiese existido.

Semejante circunstancia me hizo pensar que yo, en cierta manera, estaba cumpliendo mi promesa de volver *al día siguiente*.

Desvió la mirada del libro cuando notó una presencia junto a él.

-Hola –dijo.

-Hola.

-Ha envejecido usted mucho, pero lo reconozco.

-¿Sí? ¿Sabe quién soy?

-Claro. Es usted el hombre a quien el viento no le afecta.

-¡¿Cómo?!

-Así es. Recuerdo que en este mismo lugar, hace mucho tiempo, venía usted hacia mí; de repente se levantó una ráfaga de viento que desprendió de mis manos el libro que leía, y lo hizo volar unos metros. Yo fui a por él, a por el libro, pero la ventisca me impedía avanzar, tan fuerte era. Llegué hasta él con muchas dificultades, y al rescatarlo, aún en cuclillas y con el ejemplar retenido en mi mano, miré sobre mi hombro y observé que usted se dirigía hacia el banco sin ningún impedimento, como si ni siquiera soplase una leve brisa...

-¿Está seguro de que eso sucedió así? –lo interrumpí, mientras antiguos miedos petrificaban los músculos de mi cuerpo.

-Por supuesto –confirmó.

Cogí aire con profundidad; tanta, que me traspasaba. El gesto me calmó un poco. No quise indagar más en algo tan confuso y desconcertante, sin el menor sentido, por lo que le di un giro a la conversación:

-Aquel día, me comentó usted que estaba escribiendo algo.

-¿Aún recuerda lo que hablamos?

-No literalmente, pero sí ha quedado conmigo el contenido de aquella conversación.

-Pues sí, escribía en una agenda. Me dedicaba a llenarla de palabras; a continuación, rasgándolas, sacaba de ella páginas manuscritas días antes, las cuales, transformadas en bolitas de papel, iban a la basura.

>>Acabé de redactar semejantes textos en 1999. En realidad fueron muchas agendas las que usé. Sólo conservo la parte final escrita en ese año, y le aseguro que carece de valor literario. Ya puede suponer que, al faltarle infinidad de enlaces causales, queda como resultado algo ininteligible, aislado e inconexo.

-Pese a todo me interesa –comenté.

Demasiado había alterado mi vida el hecho de haber hablado una sola vez con Pe, como para no indagar un poco en su intimidad: por muy incoherente y fragmentado que sea un texto, siempre, no cabe duda, queda en él algo de la impronta del autor: incluso en las narraciones más objetivas se dejan huellas personales.

-¿De veras?

-Sí.

-Después de mucho tiempo fuera, de nuevo vivo en el barrio, cerca de aquí. No tengo nada que hacer; si usted tampoco, puede esperarme unos minutos y yo le traigo la agenda.

-Venga, no se hable más. Vaya usted.

Desapareció y yo me senté en el banco a esperarlo.

Hacía buen tiempo en Barcelona pese a ser invierno; nada que ver con el frío y la nieve de Jaca en semejantes fechas.

Consumí el rato que tardó en regresar contemplando unas palomas que picoteaban el vómito reseco depositado por algún noctámbulo poco convencido de que la vida pueda orientarse por otros derroteros que no sean las disipaciones de la noche.

Venía sonriente, portando una especie de libro con tapas negras que supuse sería la agenda. Cuando me alcanzó, se sentó a mi lado y colocó el objeto sobre sus muslos, reteniéndolo por su lomo con una mano.

-Ya estoy aquí de nuevo... Por cierto, usted no regresó al día siguiente, tal como apalabramos.

-No pude; lo siento.

-Carece eso de importancia a semejantes alturas, no se preocupe; sólo era un comentario trivial por mi parte. Tenga. –Me tendió el dietario. Lo acepté.

-Una cosa –dije-. Si me llevo esto no podré devolvérselo, o por lo menos no lo recuperará usted hasta que yo vuelva a Barcelona. Ahora vivo muy lejos de aquí, en otro lugar de la península...

-¡Caramba, qué casualidad! –me interrumpió de manera poco educada-. Yo también estuve muchos años fuera de aquí. Viví en Jaca

hasta hace seis meses. Marché de Barcelona poco después de conocerlo a usted. Allí, en Aragón, trabajé alrededor de tres lustros como operario de mantenimiento en un camping muy cercano a esa población.

A medida que se desgranaban las palabras de Pe, el vello de todo el cuerpo se me iba erizando; notaba una presión insostenible en la nuca, y lúgubres sensaciones encharcaron mi mente.

-¿Qué le ocurre? Está pálido.

-¿Co... cómo se llamaba el camping donde usted trabajó? –logré articular, con esfuerzo.

Me dio el nombre..., y con perturbadora contundencia sentí que en mí todo se desmoronaba, disociándose en fragmentos mi psique. Nerviosismo era todo lo que yo era: sentí los intestinos llenos de gases, y una imperiosa necesidad de expelerlos; mis músculos parecían entidades independientes de mí, notaba espasmos arbitrarios en todas partes; mi cerebro se negaba a pensar...: *el camping que citó Pe jamás había existido*, por lo menos allí en Jaca, en el lapso temporal que él citaba.

-¿Seguro que se encuentra bien? Se le ve muy mala cara y está temblando.

Me recompuse, supongo; es decir, conseguí hacer que la conversación prosiguiera:

-No me pasa nada; no se preocupe, estoy bien. Quizás haya sufrido una súbita bajada de tensión.

-¿Tiene problemas de circulación sanguínea?

-No.

-Ah.

-Como decía... –Mi mandíbula sufría leves convulsiones que no podía controlar, mientras que con la lengua hurgaba a la búsqueda de una saliva ausente-. Considero que sería un mal proceder por mi parte el llevarme esto sin saber si se lo podré devolver... Aunque, bien pensado, podría darme usted su dirección y yo entonces se lo enviaría por correo postal.

-No se preocupe en absoluto, es un regalo mío; incluso puede usted registrarlo a su nombre. De todos modos, es algo que nadie iba a leer jamás, por lo que para mí no supone ninguna pérdida. Además, he meditado seriamente y he llegado a la conclusión de que no voy a recuperar el hábito de la escritura, por lo tanto es imposible que el contenido de la agenda pueda ampliarse con otros elementos literarios... – Detuvo su monólogo para meditar un instante, y entonces realizó un singular comentario-: Aunque quizás...

-Aunque quizás, ¿el qué?

-No, nada. Me vino a la mente un pensamiento extraño, errático.

-Debo marcharme. Le agradezco la confianza que ha depositado en mí –dije.

Había recuperado por completo mi autocontrol pero no me sentía del todo bien.

-Si me permite unos segundos, le cuento por encima...

-¿Contar? –trabé su intento de explicación.

-Lo que hay escrito en la agenda.

-Ya miro yo. Gracias.

-Como guste.

Abrí el tomo y lo hojeé. Faltaban más de la mitad de las páginas iniciales; la letra de lo poco manuscrito que quedaba era casi ilegible y llena de borrones y tachaduras. Desvié un momento la vista para mirar a Pe, que me contemplaba a su vez.

Me incorporé del banco. De pie, le expuse:

-Resultará complicado, pero intentaré hacer algo con esto. Debo irme, ya lo sabe, se lo comenté antes. Gracias.

-A usted, por su paciencia y comprensión hacia mí, y hacia los vacuos restos de mi literatura, que con toda seguridad también hubieran sido destruidos, como los textos que precedieron...

Sin querer escuchar más, estiré mi mano. Él la aceptó sin decir palabra, consciente de que yo deseaba marcharme.

Me alejé de allí caminando con mucha lentitud, a sabiendas de que definitivamente dejaba atrás el factor que había modificado para siempre mi vida.

Llegué a Sants bajo un azul crepuscular, punteado. Tomé el autocar, el segundo y último que partía ese mismo día hacia Huesca; el primero lo había hecho de buena mañana. Después de un trasbordo rápido en la pequeña capital aragonesa, alcancé Jaca.

Leí y analicé los textos de Pe; me parecieron buenos, no exentos de calidad; pero era todo muy fragmentario, un revoltijo indefinible. El supuesto diario era casi ilegible, por incoherente. Resultaba imposible saber el objetivo de Pe cuando escribió tales cosas.

No mucho tiempo después decidí pasar a limpio todo lo que se podía rescatar de su trabajo. Viendo lo discordante que era el residuo de su obra (el resultado fue unas cuantas páginas que poco comunicaban, aunque con un llamativo y sorprendente caudal de voces narrativas), opté por darle forma añadiendo algo propio, mío. Como fruto, quedó un texto parecido a una novela corta dividida en dos partes. La primera de ellas, *Anverso*, era el relato de Pe; y en la segunda, *Reverso*, decidí narrar mis peripecias a partir del momento en que lo conocí, y en consecuencia, cómo su manuscrito vino a parar a mis manos.

Reverso armonizaba la estructura del libro resultante, le otorgaba sentido de conjunto. Me satisfacía el resultado de mi propia aportación pese a las cosas que narro: sucesos impropios de un mundo que contenga cierto sentido... Pero tal mundo así lo percibí, y así lo viví.

A veces, reflexiono en profundidad sobre el hecho de haber llegado hasta aquí, y extraigo conclusiones que no parecen mías, como si fuesen ajenas, ya que me invade de cuando en cuando una extraña inquietud cuando pienso en todo esto; y en esos momentos siempre acabo diciéndome a mí mismo: “Sí, *Reverso* explica muy bien mi historia reciente en pocas páginas, he realizado un buen trabajo con este texto... Pero... ¿y si quizás esto también lo ha escrito Pe?”.

01-12-2011/03-08-2012

Revisado en Gavà, desde el 23-10-2016 hasta el 01-01-2017